

rece de este dualismo como la mayoría de los artistas llamados nuevos.

Refrendando lo dicho en el segundo párrafo, el libro de Navarro Luna no tiene concordancias con el ultraísmo ni con ninguna de las escuelas tituladas de vanguardia—desgraciadamente esto no puede servirle ni de elogio, pues el autor de *Surco* pretendía incluirse en ellas—fuera de la disposición tipográfica de los poemas, novedad ya extinta y que si en un tiempo sirvió también como elemento integrante de sacudida para las viejas fórmulas poéticas, no pasó nunca de ser una simpática superficialidad. Navarro Luna tampoco es un cultivador de la imagen sino de la prosopopeya, afición que pudiera acercarle también a algunas de las literaturas nuevas. Pero le falta el sentido de equilibrio, de gusto, esa especie de eutrapelia para sostener el tono diferencial y no resultar delicuescente. Además el verso de Manuel Navaro Luna está construido casi todo a base de heptasílabos o más bien, de alejandrinos, distribuidos es cierto, con capricho; pero que a pesar de esto dan uniformidad monótona al libro. Y como residuo de su obra anterior le queda la tendencia a explotar las motivaciones románticas—*El Apóstol, Madre mía, etc.*—y el uso constante de ciertas palabras (como *espectros, fantasmas, osarios, cementerios, fúnebres*), que acentúa en los poemas una predominación de mal gusto.

La verdad es que *Surco* no pasa de ser una tentativa frustrada.—*Arturo Troncoso.*

PAÍS BLANCO Y NEGRO, por *Rosamel del Valle.*

La literatura vanguardista de Chile aún sigue produciendo sonrisas y no faltan quienes la denigren y pongan un ceño duro al oírla mencionar. Sin embargo, nadie puede dudar de su existencia; es imposible limitar su alcance y en otros países notamos un interés creciente por los nuevos líricos y prosistas chilenos, cuyas agrupaciones deshumanizadas militan en camarillas que no siempre se miran bien entre sí. Pablo Neruda, Tomás Lago, José Manuel Sánchez, Alberto Rojas Jiménez, Rosamel del Valle, Gerardo Seguel, Humberto Díaz Casanueva, etc., son los nombres más difundidos por América. Hay otros grupos—más infantiles—que denotan su inquietud de una manera detonadora y efectista. Ya madurarán. En tanto esperamos la germinación definitiva de tales arresos. Las actitudes estridentistas, que algunos reprueban en nombre de valores tradicionales, no bien definidos, son signo óptimo de vida rica y multicolor, de infinitas esperanzas y de no pocas realidades hermosas.

Rosamel del Valle, autor de *Mirador*, libro de poemas vanguardistas, nos ofrece hoy una obra más sólida, de calidad más lograda, en cuyo estilo ya se perciben fibras originalísimas y no pocas emociones subterráneas, abscónditas e intensas. La manera suya es vaga, inconcreta, como casi todos los escritores que en Rilke, Aragon, Soupault, Crevel y otros escritores en boga, buscan el modelo de las asociaciones y el sentido nuevo de la creación artística.

La realidad no contenta a estos artistas. Sus límites no bastan a sus sueños cargados, a sus profusas imaginéras, a las mil artificiosas sorpresas de una sensibilidad hiperestesiada de motivos. En la mayoría de tales prosadores, el ámbito real se hunde y sus personajes—si los hay—buscan misteriosas planicies de ensueño, litorales inabordables, montañas entoldadas de nubes absurdas, prodigiosas zonas habitadas por ecos de maravilla.

Rosamel del Valle en *País Blanco y Negro* se escapa de estas fronteras de lo real y nos lleva con interés y no poca destreza a otras emociones y a muy diversos campos de resonancia espiritual.

En primer lugar—dice—, qué sentido tienen mis ojos. Suponiendo que irremediablemente esto tuviera que suceder al ahogarse la tarde, yo tendría que hablar o contar todo desde la habitación del sentimiento. Pero, aunque no se ha agotado la producción universal de suspiros, me parece que puedo desertar fusil al hombro de tales vicios. Muerte al suspiro.

Aquí hay originalidad e interés. El lector comienza a preocuparse del asunto. ¿A dónde irá a parar todo esto? Además hay estilo, respeto a las comas, a los puntos, a la arquitectura externa.

Más adelante, del Valle explica las cosas que le pasan o procura explicarlas. Dice:

Me rodean cosas y sucesos pequeños. Mis ojos transforman estas cosas y estos sucesos sin el sentido que representan. Y es que mis ojos viven en su labor de sorpresa libre y sin derrota.

En toda esta sensibilidad vibran matices interiores, sólo perceptibles al ojo fino. Las imágenes y el tono suave no trascienden a la realidad. Para perforar este muro sordo y frío, hay que tener antenas intensas que logren captar lo inaudible y conmovirse con tales combinaciones felices. Esta literatura—se dice—no es popular, la gente no la entiende y en ella hay asuntos que chocan. No debe ser su objeto la claridad y no tiene por qué buscar lo popular. Es un arte selecto, de iniciados, con señales sólo perceptibles a unos pocos y con matizaciones fantásticas que, en unos cuantos corazones, tienen una correspondencia cordial.

Rosamel del Valle ha producido un extraño país blanco y negro, poblado por hechos desiguales y con hombres movidos por resortes de sombra. Su interés consiste en esa fuga continua de la realidad, que algunos confunden con el absurdo y no pocos con la locura franca. Son hombres imperceptibles al que no se esmera en verlos por detrás de los bastidores de ensueño. Estas marionetas del arte nuevo también aman. Por ahí aparece una mujer que se fuga de las caricias con un salto al vacío. Es curiosa la reacción que produce en el escritor vanguardista el viejo tema del amor. No se escapa a él, pero sus procedimientos difieren de cuanto se empleó antes. El amor es el bastidor común al arte y nadie que lo sienta con ímpetu, puede escapar a la sugestión intensa que provoca.

Algo que ella había dejado tras su recuerdo o algo que obraba inconscientemente decapitaba mis mejores horas. Pasaron entretanto tres o

cuatro días. Al quinto tuve un sueño en que aparecía el mar y el agua era amarilla. Hacía frío. Yo tenía que partir hacia un puerto no muy lejano, creo que Colón, pero se apoderó de mí un gran miedo y me quedé en tierra.

La literatura actual concede gran importancia a los sueños. En estos busca un índice de emociones que no contiene la vida diaria. Agazapadas en sus sombras saltan las imágenes felices, las maduras lozanías del concepto, la renovación de la manera de ver las cosas. En los sueños se esconden muchas evocaciones y se disfruta de una poderosa visión interna.

Rosamel del Valle juega con todas estas cosas, sin realismo y sin trascendencia. Así deben jugar los niños y los pescadores cuando echan la redes. Salen muchas cosas bellas y de vez en vez alguna fruslería. El pescador de sombras suele quedarse con las manos vacías.

Ahora bien ¿puede negarse la sugestión de tal literatura? En cuanto a mí, confieso que me interesa de un modo asombroso. Encuentro que Rilke, Joyce, Arthur Symon, Philippe Soupault, Pierre Girard en Europa y Neruda y Eduardo Mallea entre los americanos han colocado zonas riquísimas de sugerencia en sus relatos novelescos. Rosamel del Valle va por otro camino, pero es un simple ensayo el que ha intentado. Su manera, su feliz disposición para lo arbitrario, que en arte es una fuerza, y su lograda estilización le conceden un sitio interesante entre los literatos jóvenes de Chile.

Logra, cuando quiere, un tono íntimo, desvanecido, de gran relieve interno:

Admiro este viejo Puente de las Pirámides que apenas vive cerca de la Estación del Norte. Y digo que apenas vive porque en realidad está allí un poco olvidado de sí mismo. El agua corre bajo su vientre con la memoria algo sucia y sin esperanzas de belleza. Y es que admiro, además, la decrepitud del conocimiento, la senectud de las cosas destinadas especialmente para algo, así como se podría decir mirando al cielo de noche: el Puente de la Vía Láctea.

Baste dicha transcripción para demostrar que se está en presencia de un escritor nuevo en el buen sentido del vocablo. Nuevo envuelve siempre un sentido de responsabilidad y de íntima depuración que del Valle ha realizado en parte. Sus futuras obras deben revelarnos si esta desazón del espíritu, que hace buscar rutas impensadas de belleza, le da ese don de la composición de los antiguos que, aliado al de las imágenes y a la manera de ver los fenómenos naturales de un modo renovado, puede producir en Chile un tipo de estilo como el de Güiraldes, Mallea y Borges en la vecina República Argentina. Hasta aquí los intentos de deshumanización sólo tienen como acervo de creaciones definitivas los poemas contenidos en *Anillos* de Neruda y *Lago*, *El habitante y su esperanza* del primero y *La mano de Sebastián Gáinza* del segundo, es decir, un lote de belleza que poseen dos dueños. Comprendemos que esto no basta para hablar de una literatura «deshumanizada». Con ensayos como el que nos ocupa, esa realidad puede llegar pronto. Esperemos....—*Ricardo A. Latcham.*